



POBRES, VÍRGENES Y OBEDIENTES: EN LA FORMA DE VIDA DEL SEÑOR

Textos adicionales. 2ª Ponencia del X EFCSM 2015

P. Luis Guillermo Robles, S. de J.

© 2015. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

SELECCIÓN DE TEXTOS

I. El estado eterno del Hijo de Dios: el consagrado por excelencia (Jn 10,36)

«Él no es obediente: su ser es la obediencia total, y ésta es para Él la libertad eterna. Él no es pobre: su ser mismo es la pobreza, pues su riqueza eterna consiste en no poseer nada que no sea del Padre y en poner todo lo que gana a los pies del Padre. Él no es puro: su ser es la pureza, pues Él no puede concebir ningún pensamiento que de principio a fin no discurra en la perfecta y exclusiva fidelidad de amor al Padre y que a partir de esta unidad armónica no gane justamente la fecundidad infinitamente fluyente del amor. Su ser mismo de Hijo es un voto eterno e indisoluble al Padre, en el que Él deviene el que es: el consagrado por excelencia, que en el partir interminable de su auto-negación gana la misma medida infinita de la auto-donación del Padre, para así, en la unidad del Espíritu, devenir su Imagen perfecta» (GOR¹ 10).

II. El hombre, creado en Cristo (Ef 2,10), participa de su estado (Ef 1,3-4)

«Adán fue situado en una existencia en la que la obediencia a Dios debía coincidir con la suprema libertad de ser un hijo-niño agraciado de Dios; en la que la pobreza, que no vislumbraba siquiera la idea de mío y tuyo, debía ser lo mismo que el dominio sobre toda la riqueza de la creación paradisiaca; y en la que la castidad, para la cual la tentación de impureza no era siquiera imaginable, habría poseído en sí la más alta fecundidad, espiritual y corporal [...] La prohibición de comer del fruto estaba sólo como un signo de atención puesto en el límite, un signo que señalaba al orden jerárquico intrínseco del amor, conforme al cual todo disfrute y gozo de los bienes del mundo debía ser un sacramento, una “eucaristía” del amor de Dios» (GOR 11-12).

III. El pecado original; el estado del hombre caído (Gn 3,16-19)

«Sólo ahora la obediencia se transformó para la razón autónoma en una posibilidad que puede ser contemplada desde afuera y, en el mismo instante, también en una posibilidad ya no realizable. Sólo ahora la pobreza se transformó en una carga y la riqueza en un problema. Sólo ahora la corporeidad emancipada arruinó el ser sexualmente fecundo de la virginidad, que en adelante como mera negación de la fecundación sólo pudo significar esterilidad. En esta expulsión del paraíso de la integridad original, los hombres perdieron –como dicen los Padres de la Iglesia– no ciertamente la “imagen” natural, pero sí la “semejanza” de gracia sobrenatural, semejanza con la Palabra en la que fueron creados y en virtud de la cual podían imitar la donación de amor del Hijo al Padre en el Espíritu Santo en la actitud de la donación expresada en obediencia, pobreza y castidad» (GOR 12).

IV. El estado del Hijo de Dios hecho hombre para redimir al hombre (Gal 4,4-5)

«El Salvador vino desde Dios: la Palabra del Padre. Él sólo cumplió –en un acto único de donación infinita– lo que en vano hubiera intentado el esfuerzo de todas las generaciones. Para esto se trajo a sí mismo: Él trajo la perdida imagen originaria de la creación, haciendo de su esencia, de su vida y de su acción en medio del mundo el punto central de la creación. En sí

¹ Hans Urs von Balthasar, *Die Grossen Ordensregeln (Las grandes reglas de las órdenes religiosas)*. Señalo la página según la séptima edición alemana (1994). Para la ponencia y para esta guía utilizo la traducción española de Ricardo Aldana a la introducción de ese libro, titulada *Sobre el estado religioso*.

mismo llevó a cabo lo incomprensible: representar de modo vivo la unidad primordial paradisiaca y la idea del hombre en la forma de la naturaleza humana rota y desfigurada por el pecado. Por la fuerza del exceso de su amor al Padre le fue dado lograr la síntesis inconcebible del todo y de las partes rotas. Le fue dado incluso hacer aparecer esa unidad no como una posibilidad extravagante y heroica, sino como una realidad a la que los hombres en la gracia de su amor pueden acceder e imitar en toda simplicidad y humildad» (GOR 13).

V. La participación del hombre en la obra de redención: María-Iglesia (Jn 19,25-27)

«Como un primer fruto perfecto de la redención, el Redentor forma a su Madre a partir de la gracia de la cruz, erigiendo en ella una imagen de lo que había sido la idea originaria del ser humano: un ser que no quiere usar su espíritu, su alma y su cuerpo para ninguna otra cosa que para ser servidora y vaso de la Palabra de Dios que habita en ella. Y así, en la plena pobreza de todo lo propio, ella recibe regalada la plenitud de la riqueza de la gracia, y en la virginidad purísima del espíritu y del cuerpo, la máxima fecundidad de ambos» (GOR 14-15).

«Este misterio nupcial tiene como fin (y por eso desde el principio como su forma interior) la salvación de la humanidad por medio de la cruz. *María-Ecclesia* es la Virgen-Madre elegida, concebida inmaculada por amor del misterio de su seno, para que ella pueda ser tomada y llevada hasta la cruz en el abandono del corazón pobre y completamente desposeído y, así, recibir en la cruz la última consagración como Esposa del Cordero» (GOR 15-16).

VI. La participación del hombre en la obra de redención: Iglesia-Cristiano (Mt 20,22-23, Col 1,24)

«Existen, pues, dos formas eclesiales de vida, dos y no más. Una es representación viva de la pura forma de vida de la Iglesia; la otra, representación viva de la forma de vida creatural de la familia bajo el signo y en el espíritu de la forma de vida de la Iglesia. Se podría decir que en la primera la forma eclesial es también materia, mientras que en la segunda ella informa la materia de la creación. El carácter irreductible de ambas formas [...] se ilumina primariamente [...] en la nupcialidad: carácter nupcial que para unos se realiza en el matrimonio como alianza fiel entre seres humanos en Dios y en el Espíritu de la Iglesia Esposa, para otros en la virginidad de María siendo hundidos en la alianza de fidelidad de la Iglesia a su Señor divino-humano» (GOR 16-17).

VII. “El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos” [LG44] (Mc 3,13-14)

«La diferenciación de los dos caminos y estados de vida acontece por Cristo, el Señor de la Iglesia. Sólo Él llama al camino de la consagración, a nadie le está permitido elegir esta forma de seguimiento a no ser sobre el fundamento de una clara llamada del Señor [...] la llamada a la vida consagrada es el ofrecimiento amoroso de su propia intimidad, de la propia forma de vida del amor que se dona. Por eso, esta llamada siempre ocurre con la delicadeza y el tono del amor que invita [...] Esta posibilidad de vivir radicalmente la realidad cristiana no se opone al estado secular como una segunda forma de ser cristiano, es la misma forma en su propia potenciación, es el manifestarse de una consecuencia que existe en ella, pero que sólo se hace visible por la nueva iluminación de la luz de gracia de la llamada» (GOR 24.25.26).

«Por esta fundación, lo mundanamente imposible es garantizado como posible a partir de esa realidad hacia la cual el que renuncia camina: la cruz. El paso a la cruz sólo es posible si es un paso total e indiviso. En ningún lugar el Señor es tan claro y exigente como aquí: sólo la

renuncia completa, sin mirar atrás, sin siquiera despedirse, sólo el ciego y desnudo arrojarse en el seguimiento abre el acceso al estado de los que son llamados a la *sequela Christi*. [...] Es imposible interpretar de modo simbólico el estado religioso así fundado» (GOR 19).

«Toda genuina reforma animada por el Espíritu originario del Evangelio parte siempre de nuevo de los consejos de Jesús, cuya representación viva —a pesar de la extrema diversidad de formas de la vida religiosa a través de los tiempos— permanece tan eterna e intocablemente idéntica en su forma fundamental como la Iglesia en su totalidad [...] La vida de los consejos seguirá siendo hasta el fin del mundo el custodio de la totalidad del Evangelio» (GOR 21-22).